

De Barbielandia al techo de cristal: la Libertad teñida de rosa

Por: Midge Handler

Año 2023. Greta Gerwig, con la inesperada venia de Mattel, da un golpe sobre la mesa y presenta *Barbie, la película*, un alegato -o intento de- feminista que desmonta, y al mismo tiempo reivindica, el universo rosa creado en 1959 por Bárbara Handler; ese universo de libertades que en su día fue una declaración de principios en plástico que retaba al status quo de la industria juguetera, y que no tardó en convertirse en un icono, amado y odiado por generaciones, que hoy, en estos tiempos tan revueltos a nivel global, resurge como portador de un mensaje necesario: **la libertad de las mujeres para ser, como bien reza el eslógan de la marca de muñecas, lo que quieran ser.**

No en vano Barbie ha conseguido, entre otras, la odisea de convertirse, ni más ni menos, que en la primera mujer Presidenta.

Nos encontramos, así, con una secuencia inicial que homenajea a Kubrick en *Odisea en el espacio* pero, en lugar de monos, vemos a niñas destrozando Nenucos ante la visión de una monolítica Barbie primigenia que llega para, supuestamente, ayudar a las niñas a desmarcarse del rol de madres, cuidadoras, mujeres criadas con la finalidad de gestar impuesto por la sociedad durante décadas y todavía muy vigente según cómo, a dónde y desde dónde se mire. Y es así como Gerwig planta la bandera de **la Libertad como eje principal de una narrativa que la enaltecerá,**

la retorcerá, la ensuciará y la pondrá en duda una y otra vez, sin tregua ni descanso, como un gato que juega con una mosca.

En este ensayo reflexionaremos sobre *Barbie*, la película estrenada en julio de 2023, dirigida por Greta Gerwig, una de las directoras de cine femenino y feminista más aclamadas de los últimos años, y protagonizada por Margot Robbie y Ryan Gosling en los papeles de Barbie Estereotípica y Ken, respectivamente. Como punto de partida, nos preguntaremos: **¿Qué es la Libertad para las mujeres de 2023?** ¿Y qué postura toma el guión de *Barbie* a este respecto?

Si abordamos lo femenino desde una visión colectivista, encontraremos en las consignas del movimiento feminista actual un listado amplio de proclamas que, de concretarse, nos harían -por lo menos sobre papel- objetivamente libres. No obstante, un abordaje individual de los valores que componen la libertad de la *mujer* -en singular- nos llevará, sin ningún género de duda, a un abanico de postulados tan diverso como mujeres hay en el mundo teniendo, además, hoy por hoy, la obligación moral de empezar la reflexión desde una casilla de salida con la que no se contaba en el 1959 de Handler y Mattel, y que tampoco se hace explícita en ese 2023 dibujado -o caricaturizado- por Gerwig; una pregunta clave para cualquier reflexión sobre la libertad y lo femenino de nuestra era, no es otra que: **¿Qué es una mujer?**

Para efectos de la reflexión que nos ocupa, tomaremos como definición de consenso que una mujer es toda aquella persona que se identifique como tal, yendo, en consecuencia, un poco más allá de la objetivación de Gerwig en la película de *Barbie*, en la que el rol de los genitales cobra una importancia capital: la primera acción de *Barbie* en el mundo de los humanos es aclarar que no tiene vulva y su primera decisión humana no es otra que ir al ginecólogo.

Así, la Barbie de Margot Robbie empieza su viaje del héroe haciéndose preguntas sobre la muerte y lo termina estrenando una vagina, en una reformulación aparentemente banal de la manida relación entre *eros* y *thánatos*, tantas veces vista en el cine, y que en esta ocasión cumple, aunque de una forma más bien *light*, con la función de estresar y retorcer los límites de la realidad para suscribir un pacto de credulidad con el espectador que, a su vez, da su consentimiento al prescindir, por ejemplo, de la más que esperable idea de que en Barbilandia la piel de los personajes parezca plástica, y admite, con esta concesión, la premisa inicial de que en el mundo de Barbie se puede ser lo que se quiera, incluso una *muñeca de carne y hueso*.

Pensar en la muerte: billete al tren de la Libertad

En el afán de comprender si esta Barbie renovada representa -y cuánto- o no el ideal de libertad femenino, nos remitiremos al evento que genera la ruptura de la cotidianidad: Barbie Estereotípica, que vive una vida colorida y al mismo tiempo cíclica, contradictoriamente anodina, en medio de una coreografía llena de luz y lentejuela, decide preguntar a sus amigas -todas otras Barbies, pero únicas en sus logros individuales- si piensan en la muerte y, aunque diría Keynes que las ideas gobiernan el mundo, basta con ver la progresiva pérdida de poder que estas ideas sobre finitud acarrea para una Barbie Estereotípica que se ve, repentinamente, envuelta en una cruzada contra su pérdida de la noción de inmortalidad, que comienza con el rechazo de sus amigas y continúa con la aparición de un estigma físico y evidente a los ojos de sus semejantes: celulitis y pies planos.

De esta manera, se plasma un conflicto que gira en torno a lo físico: **la repentina ausencia del arco del pie y la igualmente sobrevenida celulitis,**

ponen en peligro su libertad de vivir en la casa de ensueño y deambular por Barbielandia, amenazando estos derechos adquiridos con un destierro a la zona de las Barbies raras; situación mediante la cual la directora transforma el cuerpo de Barbie en un significante que contiene una serie de teorías que se habrán de desmentir o confirmar con implicación del espectador y que denuncia -aun mediante la risa- la fijación del discurso público y publicitario en los cuerpos considerados perfectos, eficientes e infalibles, que contraviene la esencia misma del cuerpo con sus particularidades, consideradas como imperfecciones; y en el rol social de la mujer, influenciado por ideales de estética limitantes.

Si en Barbielandia no se puede morir -ni siquiera pensar libremente, sin consecuencias, en ello- pero existe el destierro, podríamos trazar la equivalencia entre la muerte corporal de las humanas y la muerte social de las muñecas, como un punto de encuentro entre las motivaciones de la protagonista y las de una mujer real a la hora de perseguir **ese constructo de Libertad que no es otra cosa que el cúmulo de los derechos que conforman el gran derecho a seguir vivas**. Si Kant, Marx y Sartre, aclararon que la libertad no se puede explicar y tampoco se puede realizar, probablemente opinaran que en la labor de recuperar su libertad, una creada a la medida de su mundo, a Barbie le estuviera más que justificado el pasar a la acción en aras de recuperar esas virtudes corporales arrebatadas - olvidando por un instante su hilarante frivolidad- para restituir el orden anhelado, sin importar el precio porque, al fin y al cabo, la Libertad es -por lo menos bajo esta lógica- el antónimo de la muerte.

En este ejercicio, casi magistral, para explicarnos que *“quien algo quiere, algo le cuesta”*, Gerwig se las ingenia para desatar progresivamente un caos que abarca no solo la trama de la Barbie protagonista, sino la política interior y exterior de

Barbielandia, cuestionando la idea de unicidad a partir de lo que Bauman, en *Modernidad y ambivalencia*¹, calificaría como la “desfundamentación del ser”: Barbie Estereotípica se escinde del montón de las otras Barbies, asume la posibilidad de convertirse en lo peor posible -una de las Barbies raras- y planifica un viaje que pone a prueba su identidad al tiempo que refuerza su alianza con el espectador, habitante del mundo real, al compartir preocupaciones que, pese a venir de lo extraño, desembocan en lo que nos es común a ambos lados de la pantalla: **la lucha por unos derechos y libertades incompletos e imperfectos** que, sin embargo, defenderemos con ansia porque sabemos que no los tenemos garantizados, en tanto en cuanto, **la libertad individual y el interés colectivo no siempre se pondrán de acuerdo** y la instauración de un contrato social orientado a la consecución de un supuesto bien común, plantea -entre otras- cuestiones de género a resolver con pulso de relojero si se quiere evitar caer en una burda guerra de sexos.

Pactamos también, como espectadores de la trama, que no hay vida sin Libertad y que esta porosidad entre Barbielandia y el mundo real se ejecuta con destreza a través de una metáfora absurda sobre lo que nos hace humanos: somos libres para ir de un mundo a otro, basta con un mapa y medios de transporte tan inaccesibles como un cohete y tan mundanos como un par de patines o unas chanclas, pero quien sabe esto es, precisamente, la Barbie Rara, que viene a personificar a ese extraño que, según Bauman, *“socava el ordenamiento espacial del mundo... trae consigo al círculo interior de la proximidad, el tipo de diferencia y otredad que son anticipados y tolerados solo en la lejanía, donde pueden ser rechazados como irrelevantes o repelidos como hostiles”*. Puede que, entonces, ser

¹ Zygmunt Bauman, *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos, 2005.

libre o, por lo menos, **conocer los linderos de la Libertad, en este gui3n que pacta la diluci3n de los l3mites entre el nivel de la historia y el nivel del discurso, necesariamente conlleva una transici3n -en palabras de Goffman²- de *estigmatizable* a estigmatizado.**

Ocurre, pues que los estigmatizables, por el propio miedo a ser estigmatizados, escucharemos con atenci3n los consejos de aquellos que ya han sido excluidos y los adaptaremos a nuestras circunstancias para evitar esa misma exclusi3n. Si en Barbielandia la Libertad se defiende por miedo a acabar confinado en una torre de juguetes sin 3xito, en la sociedad actual ocurre m3s o menos lo mismo: el miedo a perder la estructura familiar, la salud, el trabajo o la vivienda, equivale rigurosamente a la p3rdida de la identidad, al transformar el nombre propio en conceptos como “la divorciada”, “el desempleado”, “la tuerta” o “el drogadicto”, con las consecuentes privaciones derivadas de estos estados. Entonces, se podr3a proyectar la p3rdida de lo socialmente entendido como 3xito, hasta su consecuencia 3ltima, que no es otra que morir, si no f3sicamente, s3 p3blicamente, como esa Barbie Estereot3pica a punto de ser desterrada a donde las dem3s Barbies raras. As3, Gerwig unifica los problemas dentro y fuera de la pantalla, los l3mites de Barbielandia y el mundo real se emborronan hasta perderse, y embarcarnos en una misi3n conjunta que parte de la propia pregunta inicial que, no sin intenci3n, en la l3nea de gui3n evita dirigirse lexicalmente a un g3nero concreto y ocurre durante una coreograf3a en la que tambi3n participan *ellos*: *¿Alguna vez hab3is pensado en la muerte?* reconstituida como una angustia mucho m3s inminente aunque abstracta: **¿Alguna vez hab3is pensado en perder la Libertad?**

² Erving, Goffman, *Estigma, la identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.

Caballeros Vs. caballos: Implantación de la Mojo Dojo Casa House

Si rescatamos las etapas del viaje del héroe de Campbell³, para cuando nuestra Barbie Estereotípica cruza el umbral y penetra en el mundo de los humanos, a bordo de unos patines en línea, ya sabemos que **busca un concepto de Libertad un tanto contradictorio**, en tanto en cuanto lo que persigue es mantener intactos los límites que definen su día a día; quiere mantener el orden de su mundo ordinario que es, de por sí, limitado y restrictivo. Barbie no quiere dejar de desayunar en tazas vacías, ducharse sin agua y andar de puntillas, lo que pone en tela de juicio lo que las mujeres mortales entendemos por Libertad.

Entonces, ¿qué es mejor? La cinta nos reta a decidir si preferimos vivir en una especie de Show de Truman en el que algo tan instintivo como la propia sexualidad nos es negado, pero, por contra, las mujeres lideran cada espacio de la vida pública; o si estamos más a favor de reventar esa jaula de oro y recuperar la visión revolucionaria que la palabra Libertad entraña gracias, entre otras cosas, al legado francés.

Como diría Unamuno⁴, de la fantasía brota la razón y conocer y vivir no son lo mismo. Son, de hecho, opuestos, y de eso se aprovechará Gerwig a lo largo de esa hora y media de película, en la que conseguirá que una parte de nosotras, ésa que hizo el pacto de suspensión de la incredulidad, desee convencidamente que Barbie recupere su mundo de chicle y parabens y que otra parte, la que coge el bus todos los días y hace magia para llegar a fin de mes, se convenza de que -por mucho que nos duela la sociedad, con sus desigualdades, sus machismos y, en definitiva, sus violencias- jamás intercambiaríamos roles con esa muñeca que lo mismo se cae al intentar andar en zapatos planos, que pilota un cohete sin siquiera meterse dentro.

³ Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras*, España, Atalanta, 2020.

⁴ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Barcelona, Alma Europa, 2023.

De esa forma, con una Barbie Rara, estigmatizada y desterrada, como mentora, nuestra heroína se adentra en la California de 2023 llevando consigo a un Ken que se siente su novio aunque es tratado como un mero accesorio, y descubre que la realidad de esa niña que amenaza su mundo por “no estar jugando bien con ella” es completamente contraria a los ideales de Barbielandia y es así como pasamos a la etapa de búsqueda del adversario que es, nada más y nada menos, que la sociedad al completo; una en la que Ken, por lo visto, es quien *puede ser lo que quiera ser*.

Arribamos, entonces, a una primera gran concesión que en Barbielandia no existe pero en nuestro mundo es rabiosamente real y que es, dicho mal y pronto, **una definición convenientemente mediocre de la Libertad: *tú puedes ser lo que quieras, siempre y cuando no molestes a nadie***. No en vano uno de los primeros ejecutivos con los que se encuentra Ken le aclara que el patriarcado sigue siendo como siempre, solo que ahora se disimula mejor, en una secuencia que introduce el término *Patriarcado* como un elefante en una cacharrería, dejando claro que la Libertad existe, o por lo menos parece existir, en dos grandes niveles: el nivel de lo que *es* y el nivel de lo que *tiene que parecer*, una idea que entraña una obligación que trabaja como oxímoron de la propia noción de Libertad y que aplica, no solo para las mujeres sometidas a la camisa de fuerza de una sociedad que clama evolución mientras involucre con perfeccionado disimulo, sino también para los hombres que, en lugar de una verdadera reflexión interna y un genuino cambio de paradigma, se ven instados a **fingir unos valores en detrimento del que -por muy cuestionable que nos resulte- realmente sería su libre albedrío**.

Gerwig, en este momento de la cinta, y echando mano de la sátira vehiculada por la cultura del rodeo y el estereotipo *cowboy*, y materializada en la Mojo Dojo

Casa House como templo del machismo más recalcitrante que tiene dentro de la trama, por mero borreguismo, un apabullante éxito comercial, despliega su caja de herramientas sobre **cómo hablar de libertad en un cine femenino y feminista** y nos enseña todo el arsenal del que dispone, aún sin ponerlo en marcha, simplemente para que lo veamos porque, para que el mensaje cale, hay que confiar más en la rentabilidad del código de la comedia boba que en la intensidad de un planteamiento sobre esa forma de esclavitud moderna y recíproca que es el patriarcado y, más que el patriarcado en sí, el sistema de creencias y comportamientos patriarcales en los que se basa, incluso, el mismísimo feminismo actual.

En palabras de Imbert⁵, se produce una exhibición de personajes *venidos de otra parte que no son de ninguna parte... conducidos a salir de sí mismos y a conocer lo extraño*, entendiendo que esa extrañeza se desprende de las múltiples fisuras entre la identidad (Barbie-Humana, femenino-masculino) y los roles (Presidenta, estereotípica, rara, playero), desmontando estas categorías y allanando el camino para conocer y experimentar las vivencias del otro, siempre mediante el conflicto y no a través del consenso, porque es esa realidad tensionada la que hará germinar la crítica sobre el nulo asidero de la sociedad actual en la que la norma avasalla los ideales de Libertad: mejor malo conocido, que libre por conocer.

Será durante este segundo acto de la película, cuando irrumpa la sensación de estar, al mismo tiempo, entre el mundo ordinario y el mundo especial, con una heroína que se esfuerza en aprender las normas de su viaje, ante el asombro de ver cómo ambas realidades se licúan y se entremezclan en una fantasía del conocimiento del otro que deriva en la ignorancia de sí mismo.

⁵ Gérard Imbert, Cine e Imaginarios sociales, Madrid, Cátedra.

Veremos a Margot Robbie llorando, por primera vez, ante una humana anciana que asegura que se siente estupenda, y la acompañaremos a descubrir el odio que el ideal de lo femenino perfecto levanta en las nuevas generaciones de mujeres: la alabanza de lo viejo confrontado con el desprecio de lo nuevo, toma prestada y aporta una textura diferente a la premisa de Hayek⁶ de que **la Libertad se entiende como introducir verdades antiguas en el imaginario de las nuevas generaciones**, algo que compone el metadiscurso de una película llamada a salvar a Barbie, el icono, de su propia decadencia; mientras Ken cuestiona su identidad y los límites de esta identidad, saboreando una **noción retorcida y casi caudillista de lo que puede ser la Libertad**, ya no desde una perspectiva individual, sino desde un contrato social en el que las reglas del mundo por él conocido, se invierten para validar autoritarismos tan banales como basar la reestructuración moral del colectivo en una tronchante pasión por los caballos.

Y es que, diría la directora de cine Catherine Breillat, que la complejidad es un valor intrínseco de la mujer, que tiene mil rostros en contraposición con la simplicidad del universo masculino, algo que Gerwig plasma, no solo en la película de Barbie, sino en sus diferentes soportes publicitarios con el ya popular: *She is everything; He is just Ken*. Premisa que, **lejos de ser un respiro de Libertad, es una reorganización de las restricciones del mundo real extrapoladas a la ficción**, dado el peso emocional que constituye el tener que elegir entre ser el martillo o el clavo, un estrés que se proyecta en el espectador que ríe mientras observa -en clave de ironía- cómo Ken se hace con su libre albedrío y regresa en solitario a Barbieland, dispuesto a hacer una revolución a la medida de sus intereses cuando, honestamente, en ningún momento vemos a un villano al uso, sino a un

⁶ Friedrich Hayek (Selección de Paloma de la Nuez), Los fundamentos de la Libertad, Madrid, Alianza Editorial, 2020.

personaje secuestrado, antes por las reglas de un matriarcado profundamente frívolo y ahora por la misión -con tintes narcisistas- de asumir un rol gestor y protector, poniendo de manifiesto **una masculinidad fragilísima que no solo acabará por coartar la determinación de las Barbies, sino la propia libertad de Ken**, al verse preso de la necesidad de *ser alguien y demostrar algo* por la vía de apropiarse de lo que hasta ahora le ha sido ajeno. Una búsqueda que acabará haciendo aguas cuando Ken, como hombre y, por ende, como antihéroe del cine femenino más arquetípico, reconozca que no tiene las metas claras y que, *en cuanto supo que el patriarcado no iba de caballos, perdió el interés.*

De la hipervisibilidad del mal a la desprogramación

Así las cosas, con un segundo acto que cierra con un socorrido intercambio de roles en una atmósfera fraccionada, al punto de implicar al espectador en la regañina de la narradora a la directora por un presunto defecto de casting, nos embarcamos en una tercera parte con pretensiones resolutorias en la que Barbie, junto a sus nuevas aliadas humanas y siempre con la ayuda de su mentora, la Barbie Rara, se prepara para la gran prueba, tan necesaria como evidente en todo viaje del héroe, que no será otra que restablecer el orden en Barbielandia.

Por supuesto, antes de reunir el coraje para ir en busca de justicia a recuperar aquello que considera suyo y, si no suyo, por lo menos, correcto, Barbie se desploma en una crisis de autoestima que -pese al tono de parodia- ilustra con carismático rigor **el día a día desprovisto de auténtico libre albedrío de muchas mujeres en la sociedad actual**; un alegato que encuentra su muleta racional en el speech de Gloria, su aliada humana, que no escatima en detalles sobre lo tremendamente complicado que es ser mujer en los tiempos que corren en los que,

definitivamente, no somos libres, sino esclavas de un sinnúmero de exigencias imposibles de cumplir a la vez: estar buenas, pero no tanto; tener carácter, pero no mucho; trabajar duro, pero no demasiado; ser independientes, pero no más que los hombres, y un largo etcétera que acaba por convertirse en un manifiesto de empoderamiento capaz de rescatar de su letargo a las Barbies manipuladas por los Kens.

En este contexto, la hipervisibilidad del mal, como justificación para todas las acciones vistas y por ver de Barbie y su corte durante esta etapa de la narración, partirá en la persecución de los ejecutivos de Mattel, infiltrándose en el mundo de Barbie para intentar arrebatarle la conciencia a la Barbie Estereotípica interpretada por Robbie; pasará por la estrategia, más bien burda, de hacer que los Kens peleen entre ellos por el afecto y atención de las Barbies; y finalmente, recaerá sobre un número musical ambientado en una demencial y al mismo tiempo divertidísima batalla entre Kens enfrentados con armas de goma y duelos de baile.

En este punto, merece la pena detenerse, no solo por la riqueza visual del número musical en sí, o por la impecable amalgama de canciones en las que las letras -incluso simplonas- cuentan y mucho, sobre todo si parafraseamos a Van Dijk⁷ en aquello de que las relaciones de poder son discursivas y el discurso es, a su vez, una forma de acción social; sino por el metadiscurso con sus diferentes aristas: el hombre -como especie, no como género- **puede y podrá hacer uso de sus derechos para construir una noción general de Libertad que en realidad serán límites**, de gobernabilidad, de convivencia e incluso afectivos, cuyo quiebre conducirá irremediabilmente a un enfrentamiento entre los distintos actores sociales, donde **los dominados intentarán ejercer su libre albedrío como en**

⁷ Teun Van Dijk, El Análisis Crítico del Discurso, Barcelona, Anthropos, 1996.

algún momento lo hicieron los dominantes, para erigirse como nuevos dominantes.

Una lucha de factores jalonada por la falsa creencia de que ser libre es hacer lo que nos dé la gana pero que, en realidad, es lo menos libre que hay, en tanto en cuanto esta conducta se corresponde, incluso, con algunos comportamientos vistos en la naturaleza, sin ir más lejos, en la lucha de los leones por liderar la manada y obedece, lógicamente, a **la necesidad de que exista una jerarquía para que pueda mantenerse el orden y, con el orden, lo que llamaremos la Libertad practicable**, que no es otra que la Libertad definida como el estado en el que un individuo puede desenvolverse de acuerdo con su conciencia, tomando acciones y decisiones, sin que ello le traiga consecuencias injustas y respetando en todo momento los derechos de los demás.

Paralelamente, veremos cómo las Barbies, junto a las dos mujeres de carne y hueso y varios fracasos de Mattel, diseñan un plan para recuperar el orden en Barbielandia y derrocar la dictadura instaurada por Ken. Una cruzada feminista que terminará con una gran renuncia: la Barbie Estereotípica, después de hacerse con la victoria, pedir perdón a Ken por *cosificarle* durante años y restituir el rosa, sin caballos, en la Doll House, decide adoptar para sí, y de forma permanente, las reglas del mundo especial, haciéndose humana y aprendiendo a valorar la simple existencia del cuerpo con los elementos que diferencian la inmortalidad de la finitud, dando respuesta a su inquietud inicial y eligiendo, en un precioso ejercicio de Libertad, los placeres y los contratiempos de la mujer humana, capaz de sentir y llorar y coronada irremediabilmente -al menos, de momento- por un techo de cristal.

Con ello, la hipervisibilidad del mal se muestra en una nueva dimensión en la que, lejos de parecer una masa que se cierne sobre lo conocido y a la que hay que

vencer como sea, se presenta como un elemento con el que elegimos convivir y darle la importancia suficiente para servirnos como combustible en la búsqueda del propio destino.

Otro elemento refinado y efectivo de la narración, está en la propia bifurcación de las conciencias: mientras Barbie decide romper con lo conocido y embarcarse en un cambio radical de su propio ser, Ken decide reconocerse como *suficiente* y -tras rifar su túnica como una suerte de Jesucristo moderno- continuar con su vida habitual, ya no desde una visión conformista o desde la posición de aquel que rumia continuamente su frustración, sino con la disposición de un colaborador necesario para que las cosas en Barbieland sigan funcionando como todos esperan y desean. Y es este alegato final, en contraposición con los distintos tejemanejes de la trama, el que suena más parecido al concepto de Libertad que como seres racionales y sociales necesitamos asumir.

¿Para qué fuimos hechos?

Billy Eilish pone la guinda al pastel de esta película con una canción en la que duda de sí misma, de su propósito y de su propia capacidad de ser feliz, algo que, sin lugar a dudas, resuena -junto al resto de los tantos detalles de guión- en todos los que alguna vez nos hemos preguntado qué es la Libertad o **cómo de libres podríamos decir que somos**.

No en vano en pleno 2023 Barbie cobra más vida que nunca y se convierte en el objeto de deseo de adultos y niños de todos los géneros en todas partes de mundo, disparando una facturación millonaria no solo para los cines o para Mattel, sino también para todas las marcas que se han lanzado a la aventura de crear colecciones de ropa, papelería, hogar y hasta comida inspirada en la que parece ser

una gran nueva era para esa muñeca de dimensiones imposibles creada hace más de medio siglo. Por eso hay que hablar de ella, porque ha sido un revulsivo social con muchos más niveles de observación de los que a simple vista podríamos esperar.

En Barbie, la película, tenemos la gran oportunidad de **ver plasmada la libertad de no ser libres**: Barbie huye del mundo -encorsetado a su favor, si es que algo así existe y tiene sentido- de Barbielandia para convertirse en humana, en una mujer más que vivirá en otro mundo -igualmente encorsetado, pero esta vez en su contra- definido por un sinfín de temas que hasta ahora le eran ajenos: el patriarcado, la conciliación, la salud y hasta una ecoangustia hábilmente ignorada por la propia película, cuyo set construido en físico es una exhibición de plástico que puede presumir de la éticamente dudosa hazaña de haber agotado a nivel mundial la pintura de color rosa. **Porque tal vez, y solo tal vez, la Libertad sea un valor universal menos universal de lo que todos creemos.**

Alejada del concepto revolucionario francés, la Libertad podría tener poca relación con las otras dos patas de su triada: la igualdad y la fraternidad; y deconstruirse para dar pie a una renovación del concepto, más cercana a la idea de lo individual y de la necesidad de sobrevivir en una sociedad donde lo igualitario y lo fraterno están en franca decadencia y donde, precisamente, la elección está en diferenciarse o morir. Entonces, si la libertad, como diría Mill⁸, sería valiosa como medio y no como fin, **tal vez no queramos ser tan libres todo el tiempo; o no lo queramos, o no lo necesitemos**, así como Barbie, que ha elegido una vida finita en una sociedad plagada de restricciones, puede que sea hora de reconocer que, a veces, simplemente queremos que las cosas pasen, o vivir intensamente una de

⁸ John Stuart Mill, Sobre la Libertad, Madrid, Alianza Editorial, 2020.

esas rachas, buenas o malas, que nos vienen sin comerlo ni beberlo y que, sin embargo, **nos liberan de elegir las, porque lo inevitable, tal vez, también sea una forma o, por lo menos, un mecanismo de Libertad.**

Hilando fino, puede que esta noción encuentre una sutil peana en esa línea de diálogo en la que el malvado CEO de Mattel explica que el fantasma de Ruth Handler, la creadora de Barbie, tiene un despacho en lo más alto de la sede del gigante juguetero. ¿Acaso Gerwig nos está queriendo decir que el ideal de trascendencia, **la lucha por dejar un legado, en realidad es una forma de ser menos libres**, de descansar menos en paz, de rehuir un olvido que, quizá, es un alivio necesario?

Habrá, pues, quien encuentre agradable pensar que, si Karl Popper hubiera caminado entre las miles de personas vestidas de rosa que acudimos en masa a los cines de todo el mundo para el estreno mundial de Barbie, tal vez habría tenido la deferencia de recordarnos que muchos de nuestros sueños no solo no se pueden hacer realidad, sino que, además, acabarán convertidos en pesadillas. Pero no le habríamos dado las gracias porque, al fin al cabo, con esa certeza convivimos habitualmente, pero con la fantasía de las oportunidades ilimitadas para las mujeres de Barbilandia solo podemos convivir -y no sin escollos- durante los 116 minutos de ese empacho rosa protagonizado por Margot Robbie para deleite de todas las que hemos descubierto, generalmente por las malas, que en eso de *poder ser lo que queremos ser*, *ciertas condiciones aplican*, como, por ejemplo, que la casa, el Corvette, la barbacoa, el Ken y las amigas siempre, siempre, se venden por separado, también en la vida real.

Así las cosas, la película de Barbie ha conseguido reventar la cuarta pared y meterse en conversaciones que van de todo, menos de cine, y que confrontan

nuestro lado más humano con ese espejismo de superioridad que creamos para intentar pertenecer. Nos ha convertido en funambulistas transitando la cuerda floja de la falta o el exceso de rosa -que, metáforas aparte, es la falta o el exceso personal que padezca cada uno-, de esa búsqueda del equilibrio virtuoso que nos mantiene avanzando al filo de la tendencia o nos arroja al pozo de lo friki. Nos ha manejado, como a muñecas de plástico. Y nos ha hecho revisitarse la idea de lo que entendemos por Libertad en un ejercicio que, si no fuera por las risas y el formato de fast food filosófico, muy posiblemente pospondríamos por ignorancia, por pereza, pero sobre todo por miedo.

Y que con la Barbie de Gerwig es muy difícil no llenarse de sentimientos encontrados y de ideas llevadas al paredón: la sociedad patriarcal que la vio nacer es la misma que alimenta el germen de verla convertida en un sinnúmero de profesiones, históricamente consideradas masculinas, y otras en las que un techo de cristal -uno más bien bajo- nos recuerda que, salvo que seas hombre, es casi imposible llegar a lo más alto, si no es por acción de un buen par de piernas y un mejor par de tetas, premisas que se desprenden de esa misma limitación del conocimiento y la razón humana que dio a Hayek los cimientos de su obra y a nosotras la resiliencia, que no resignación, para lidiar con la vida que -al menos, hasta nuevo aviso- nos ha tocado vivir.

Tal vez por eso, abrir de par en par el cajón de la fantasía y ser cada día algo distinto: médica, maestra, astronauta o presidenta, haya sido en realidad y durante no pocos años **un espejismo de Libertad con el que nos ha gustado contar**; la vía más rápida para anestesiar la ambición verdadera. Si acaso es cierto que la Libertad tiene un poder creativo capaz de hacer avanzar a la sociedad, también lo

es que ese avance, en no pocos momentos de nuestro devenir histórico, ha estado marcado por un reparto de roles en el que *calladitas hemos estado más guapas*.

Porque la Libertad conduce a las desigualdades y, si no, que se lo pregunten al Ken de Ryan Gosling, Barbie ha servido con lealtad a la sociedad machista y a la feminista al mismo tiempo, creando una quimera solo comparable con esa idea de libre mercado que nos mantiene convenientemente repartidos entre ricos y pobres que tendemos, sin embargo, a buscar un punto de encuentro ilusorio al que denominamos clase media.

Y es que para ver a Barbie no hay que ver a la belleza rubia de piernas infinitas que pasa de puntillas por la realidad e irrumpe en la fantasía, a todo gas, en su descapotable. Para ver a Barbie hay que ver a la criatura que de un día para otro no sabe mantenerse sobre sus pies *asquerosamente planos* y transitar con ellos los problemas cotidianos de la vida, esos de los que muchas han querido y quieren huir en tanto en cuanto **esa huída representa la materialización más directa del ideal de Libertad**. Sin embargo, para otras muchas -puede que la mayoría- ser libre no tiene nada que ver con escapar y, para sorpresa de todos, no descansa en el personaje principal y femenino, sino que es más próxima a la filosofía de Ken: **la noción que realmente reconforta y libera es la de aprender a sentirnos suficientes**.